

CONFERENCIA DEL ESCRITOR CUBANO ENRIQUE CIRULES.

Por Enrique Cirules
Trascripción

Buenas tardes, queridos amigos:

Cuando los amigos de la Universidad de Chile y la Sociedad Chilena de Estudios Literarios me invitaron a este Encuentro Internacional, surgió la idea de que yo abordara el tema del testimonio en mi obra literaria, teniendo en cuenta que entre la docena de libros que he publicado, hay cuatro o cinco títulos que se deslizan a través de lo testimonial; y además, que han sido libros premiados en eventos internacionales o en premios nacionales de literatura en Cuba.

De cualquier modo, pienso que hablar sobre el género testimonio en mis libros me permite expresar un conjunto de ideas. Así que voy a encausar mi intervención hacia espacios vitales de mi experiencia como escritor, y además, trataré de realizar una reflexión alrededor de las vicisitudes por las que atraviesa un autor a la hora de abordar temas que en ocasiones resultan insólitos, por no haber sido tratados antes, o por haber sido tratados muy poco, como ha ocurrido con algunos de mis libros.

En relación con mi experiencia en lo que yo suelo llamar el enfrentamiento de un autor a las múltiples formas de lo testimonial, y a la búsqueda de soluciones para lograr que estos temas alcancen espacios capaces de transmitir o de iluminar zonas desconocidas, o poco conocidas de la memoria histórica, lo primero que debo decir es que el paraje donde yo nací, el lugar, el sitio donde nací, influyó mucho en mi vocación literaria. Nací en un paraje costero, en la región nororiental de la provincia de Camagüey. Esta zona es o era una comarca de pescadores, tortugeros y navegantes en lo que se llamaba por entonces la cayería de Romano, al pie del cantil del Viejo Canal de las Bahamas.

Eran sitios muy apartados del archipiélago cubano. Incluso, para abrir estos cayos al turismo internacional, en estas costaneras preciosas, que se mantienen casi tal y como las observó por primera vez Cristóbal Colón hace quinientos años, ahora se están construyendo diversas carreteras y puentes sobre las esplendorosas bahías internas, sobre los canalizos, sobre espacios de mares. Una zona en la que, cuando yo era un adolescente, era usual que uno pudiera encontrarse con verdaderas plagas de caimanes, tiburones, perros jíbaros, venados, flamencos, aves de costa y caballos salvajes, y todo tipo de animales cimarrones. Lugares a los que sólo se podía llegar a través del mar, y que poseían muy pocos puntos de contactos, desde la isla de Turiguanó al puerto de Nuevitas, con el mítico embarcadero de la ensenada de El Guincho, donde se encontraba la taberna de Agustín.

Pasé la adolescencia y mi primera juventud en aquellos parajes, entre navegantes, afamados pescadores, aventureros, y forasteros que recalaban al puerto; pero sobre todo, en compañía del viejo Antonio, navegando por la costanera; y en especial, por esos vericuetos de la cayería de Romano.

Eran sitios en los que se habían fundado numerosas ciudades de norteamericanos y europeos, desde la perdida ciudad de los franceses, en un sorribo, al este de cayo Romano; cayo con cien kilómetros de extensión. Allí fue donde los franceses edificaron una mítica villa, a finales del siglo XIX, con ferrocarriles, embarcaderos, tabernas, almacenes, mansiones solariegas, para crear una mítica leyenda que estaba condenada a desaparecer.

Lo cierto es que cuando uno visitaba ese cayo todavía podía encontrarse con líneas férreas y máquinas del ferrocarril perdidos entre la maleza y la hojarasca.

Zona donde también se fundaron algunas ciudades de norteamericanos, entre naranjales y senderos de piedras y el polvo rojo, en el valle de Cubitas. Allí estaban Boston City, y Garden City, y Columbia City, y los personajes de La Gloria City; ciudad donde, en 1914, residían varios miles de norteamericanos y europeos.

A nueve millas de La Gloria City los alemanes fundaron a principios del siglo una villa que todavía existe: Palm City, aunque ya no sea propiamente un poblado de alemanes.

En el puerto de Nuevitas confluían todos los años cientos de buques que venían a cargar azúcar. Puerto Tarafa era el puerto azucarero más importante del mundo, y estaban sus tabernas y sitios de mundo, con personajes de todas las latitudes. Podría ser un príncipe hindú, o un aventurero del mediterráneo, o afamados navegantes, gente que llegaban de las costas colombianas, desde Venezuela; y arribaban ingleses, noruegos y suecos; y norteamericanos

errantes, mujeres del rumbo, rufianes y aventureros, jugadores, estafadores, contrabandistas, navegantes solitarios, y se encontraban mis sabios amigos, los pescadores y tortugueros de la comarca; y los braceros y estibadores de Puerto Tarafa y Pastelillo; y esas ruidosas tabernas, sobre todo la de Agustín, y el hospedaje de la colombiana, y el conocido hotel de Filgueras, testigo de pasados esplendores, con sus leyendas y realidades; y una posada conocida como El gato negro, donde se comían los mejores mariscos de la comarca, y estaban las calles de piedras que ascendían por la baja colina hacia el centro del pueblo, con su parque y una antigua iglesia amarilla, iglesia de dos torres, donde el cura de la época solía albergar a los forasteros por cuatro pesos mensuales, y del otro lado del parque un recio edificio colonial, edificado con piedras calizas, donde se encontraba el Gobierno Municipal, y estaba la estrepitosa barriada del puente, con la barbería de Felo Centellas, al pie del imprevisible hotel de Los Prada, donde yo era aprendiz de barbero.

Era una pequeña ciudad costera llena de tabernas, de hospedajes, de embarcaderos, de subpuertos, de pequeños hoteles, de calles de piedras; pero una comarca muy rica en cuanto a la cultura marina, con una poderosa visión de lo acontecido; aunque no hubiera bibliotecas, ni vida intelectual, ni librerías; pero había pescadores, tortugueros, navegantes, con un profundo conocimiento de su entorno, de su realidad.

Ese entorno, esa realidad tan mítica, es la que me incita en demasía la vocación literaria, por el mismo hecho de escuchar tantas fabulosas historias, y por comprender, desde una época muy temprana, que allí, en aquellos parajes, había un maravilloso espacio de la memoria colectiva; de temas que en ocasiones aparecían como perdidos, como olvidados, temas insólitos, que el paso del tiempo amenazaba diluir, borrar; pero que estaban allí, en esas tertulias que se formaban de manera espontánea, sobre todo en el viejo muelle de los Carreras; y en las barras de las tabernas, donde los pescadores se ponían a decir, a contar sobre tal o cual otro lugar de la costanera, y donde podían mezclarse historias de corsarios y piratas, de barcos hundidos, desafíos y navegaciones, y relatos de brujas y embrujos, de tesoros escondidos, de muertos y aparecidos, de emigrantes, y de ilustres personajes cargados de leyendas y mitos.

También era usual que se evocara lo acontecido durante la Guerra Mundial; y en ocasiones podía hablarse también de un pasado más lejano, con la presencia en el puerto de las cañoneras españolas, y un destacamento de la caballería mambisa que había macheteado a un batallón de San Quintan; y uno podía visitar el cementerio de la colina, desde donde se observaba un hermoso entorno marino; y estaba aquel otro cementerio, tierra adentro, el de San Miguel de Nuevitas, sitio de tránsito, de movimientos de tropas, de operaciones militares, de incendios, de batallas campales; y entre los viejos mármoles de antiguas tumbas podían observarse los rastros de los fusilazos; y estaban las leyendas de Pueblo Viejo, pequeña ciudad costera que resultó arrasada en el siglo XVIII por el ataque de un pirata inglés; y del otro lado de la bahía, los vestigios de lo que había sido el embarcadero del Bagá, con sus restos de líneas férreas que abrieron esa vasta comarca a los rigores del comercio; comarca de abundante ganado, de ingenios y esclavos, destruida, incendiada en las guerras anticoloniales; y sobre todo, sitio que había servido para el tráfico negrero, y para el paso de los emigrantes que se desplazaban de la ciudad de Santa María del Puerto del Príncipe a los embarcaderos de la costa. De polacos, alemanes, ingleses, italianos, austríacos y neoyorquinos; y lo que se decía sobre el alemán Herr Charles, con historias de mister McClear y el gallego Cordero, sobre un caballo blanco, tiroteando las guarniciones coloniales; y los relatos de asesinatos y suicidios, con las luces que en ciertas noches se notaban sobre la mar; y la enorme guasa que de un solo bocado se tragó a un marino sueco en el fondeadero de La Poza, y los toques de encanto con que matizaba sus relatos mi viejo amigo Benito Porro, cuando se ponía a hablar de las navegaciones que había realizado entre uno y otro océano, y estaban las brujas de la Gran Canaria y sus vuelos por los alrededores del embarcadero de Las Antillas; y las rumbantelas que se organizaban en casa de Felipa; en tanto que, en los salones del American Bar, con tambores, trompetas, boleros y canciones, las noches se hacían poco menos que interminables.

En el embarcadero de El Guincho también se revelaban las variadas culturas de España, de África, las culturas asiáticas; algo que era un integrante de la cultura cubana. En Cuba, en el siglo XIX, entre 1847 y 1860, alcanzó la cifra de doscientos cincuenta mil chinos.

Y entre tanto, yo trataba de hacerme barbero, y estudiaba telegrafía, y emprendía frustrados cursos de pintura, y me aficionaba a la arqueología gracias a los libros que me enviaba desde La Habana el sabio cubano Rivero de la Calle; y durante un cierto tiempo me ejercité en las artes marciales con un personaje cuyo destino era ser asesinado de una cuchillada en el bajo vientre; y trabajé en el puerto durante siete años, en la carga y descarga de buques, y además

estaban las navegaciones con el viejo Antonio, para pescar y cazar, desde faro Maternillos a cayo Guillermo, oyendo relatos de tabernas, en aquella fabulosa comarca, que me incitaba, que me obligaba a adentrarme cada vez más en la vocación de escritor, con el secreto sentimiento de encontrarme con los temas más insólitos, con esos que nunca antes o casi nunca antes habían sido tratados en la cultura cubana.

Era una época en que yo leía todo lo que caía en mis manos. Podían ser revistas, periódicos, cómics, textos de historia o cualquier otro viejo libro, sobre cualquier tema. Incluso, en una ocasión, leí veinte tomos de medicina que habían pertenecido a un ilustre médico camagüeyano de finales de siglo. Los leí, aquellos veinte tomos, como si se tratara de una extensa novela, además de algunos antiguos libros de física y química, y repito, todo lo que cayera en mis manos, con la sensación de que estaba descubriendo el universo de nuevo.

Luego comencé a sentirme influido por un grupo de autores, sobre todo a través de la impresionante obra de José Martí; y se produjo mi deslumbramiento ante Alejo Carpentier, por su novela *El siglo de las luces*. Después fueron Cirilo Villaverde, y los cuentos de Felix Pita, y los relatos de don José Soler Puig; y de los poetas, mi gran amigo, el Poeta Nicolás Guillén; y los delicados textos del extraordinario Eliseo Diego, con el inagotable y fascinante mundo de Lezama.

Estoy muy influido por mis contemporáneos, sobre todo por un grupo de autores que tuve el privilegio de conocer, y de compartir su amistad, y su experiencia. Después sería la influencia de los universales.

Y resulta que obtengo mi primer premio literario con un libro de cuentos, con *Los perseguidos*, en 1971. Es entonces que tomo una decisión: dedicarme por entero a la literatura, y sólo a la literatura; y es entonces que decido salir en busca de la perdida ciudad de los norteamericanos: de La Gloria City.

De esa ciudad yo tenía algunos antecedentes a través del viejo Antonio, quien, en 1910 había trabajado en la construcción de una carretera de piedras que, por el norte, comunicaba a La Gloria City con la costanera de Romano; y por el sur, a través de la Sierra de Cubitas, con la ciudad de Camagüey, ciudad de célebres poetas y míticos guerreros.

Poseía yo algunos otros antecedentes, a través de mis amigos los taberneros del puerto; pero en realidad, de La Gloria City se sabía muy poco o nada se sabía. Ni siquiera los historiadores habían incorporado esa realidad a sus textos, desde la primera intervención norteamericana en Cuba, de 1898-1902.

Arribé a La Gloria City bajo una severa tormenta tropical, con mucha agua, relámpagos y truenos, después de haber caminado varias millas, después de haber visitado el poblado de Sola, y haber rastreado en el juzgado del lugar, y de haberme afirmado el secretario del juzgado que lo único que podía encontrar en La Gloria City era a un viejo norteamericano, en un antiguo caserón de madera estilo del sur de Estados Unidos, evocando historias que rayaban con lo insólito.

William Stokes tenía setenta años, y me lo encuentro sentado en un balance, en un amplio y ruinoso portal, en un paraje donde no había luz eléctrica, ni teléfono, ni comunicaciones, en su caserón ruinoso.

Me lo encuentro al atardecer, bajo una tormenta; me lo encuentro en aquel viejo y derruido portal, y William me saluda con estas palabras: "Hace años que te estoy esperando para contarte la verdadera historia de este sitio."

La Gloria se encontraba ya marcada por la desolación y la ruina. Esa ciudad de colonos, agricultores y aventureros, fundada a finales del siglo XIX, se le mostró al escritor con sus grandes caserones contruidos con maderas preciosas, roídos ahora por las lluvias y el aire salino. Los cobertizos descolgaban tablas entre la maleza; y los brocales de los pozos llenos de una tierra rojiza que suele dominar toda esa comarca; y se veía alguna alta y solitaria chimenea en lo que había sido la calle principal; y en la distancia, las cercas deshechas, señalando donde finalizaba el pueblo y comenzaban los montes y frutales.

En una antigua calle lateral, convertida ahora en un simple trillo por una voraz yerba, se podían observar los vestigios del hotel de mister Neustel. El otro hotel, el de Saint James, propiedad de la familia Alger, ya estaba totalmente ruinoso; y donde antes se encontraban sus hermosos jardines, revoloteaban ahora papeles, periódicos, manuscritos y cartas, que el escritor se apresuró en rescatar.

Hacía poco menos de un mes que el último de los Alger, James, había muerto; y ahora sólo restaba que Cirules se encontrara con el último norteamericano.

Permanecí tres años en lo que había sido aquella ciudad, oyendo las historias de Stokes, con sus personajes, protagonistas de aventuras y leyendas, generadoras de pequeñas alegrías y

tristezas, de ilusiones y desesperanzas, con ese desgarrado hálito que arrastró siempre el último norteamericano de La Gloria City.

Y en los relatos de Stokes se revela el destino y conflicto de mister William Schofield con la familia real inglesa; y las acciones de nobleza de la sueca Miss Cab, cada vez que abandonaba su cabaña de troncos, para montar un brioso caballo y ponerse a recorrer los caminos polvorientos con dos pistolas al cinto; y la visión de Carolina La Loca en sus noches de insomnio, tocando en un piano melodías de Chopin; mientras, desde su taberna, Mac Garray mostraba su intensa ira; y estaba la ternura y nostalgia que acompañó hasta el último día de su muerte al violinista Pearce; y esa mágica presencia de Pit Ostram; las aventuras de los piratas Harold Griffing y Lola Macabí; y el misterio que durante mucho tiempo rodeó el asesinato de mister Porter, con aquel disparo de winchester que atravesó una ventana y le atravesó el corazón; y el imprevisible destino del alemán Michell, entre tragos, amigos y negros de Nassau; y la tragedia de la delicada Helen, hija del pistolero mister Carner; la soledad de Mac Kan, y los insólitos amores que sostuvo una vieja austríaca con el joven mister Calvert; y aquella infinita tristeza que se podía sentir al paso de Federico Shipher; las imprevisiones del coronel John Early, y las perversiones que instalaron en La Gloria los hermanos Mollenhauer, en una época en que ya resultaban inquietantes los enigmas del polaco Wester; y las interrogantes en la vida de Beck, después que se produjo la desaparición de Baxter, y las evocaciones que solía hacer Stokes con las navegaciones que había realizado Ernest Hemingway por la cayería de Romano.

Durante tres años estuve escuchando esas historias, y buscando testigos, libros, viejos periódicos y folletos, y cientos de antiguas fotos, y verificando todo lo que Stokes me estaba narrando. En ocasiones solía viajar hasta La Habana para entrevistarme con los más ilustres historiadores cubanos, para verificar si realmente lo que me narraba el último norteamericano de La Gloria City era cierto o sólo formaba parte de una fabulación.

Aunque yo, todavía, no sabía que hacer con toda esa riqueza. En lo adelante debía buscar una estructura, un lenguaje, un tono, una voz, para contar todo aquello ¿pero acaso la voz de William Stokes no era también mi voz?

Todo eso, mientras el escritor, en una vieja máquina portátil, en las mañanas, trataba de ordenar aquella montaña de información sobre los personajes de La Gloria City.

Lo cierto es que para un escritor tan malo es tener poca información sobre un tema como poseer demasiada información. Eso fue lo que me ocurrió en cierto momento. Tenía yo una verdadera montaña de información sobre La Gloria City, y no sabía que hacer con todo aquello. Eran tan increíbles las historias que me estaba contando Stokes, que yo no sabía qué hacer con todo aquello. El asunto era cómo ordenar, cómo buscar un modo, un género, para ordenar todos esos relatos, para engarzarlos con un hilo de oro, con un lenguaje capaz de transmitir esa fabulosa realidad, y de momento decidí que lo que yo tenía que hacer era escribir una novela. Es lo que yo deseaba escribir con todo lo que me estaba contando William Stokes, y no funcionaba, ni la estructura, ni el lenguaje, ya que era Cirules, el escritor, el que se había puesto a contar, y no Stokes quien estaba narrando.

Pasaron largos meses de indecisiones, de dudas, de intentos frustrados, de pequeños fracasos, y de mucha terquedad, hasta que Stokes y yo entramos en un profundo período de intercambio de ideas, de reflexiones, y se produjo la revelación en un instante: la maravillosa sensación que yo también era un poco William Stokes; y juro que en realidad llegué a sentirme William Stokes; y es a partir de ese instante, en que comienzo a sentirme también el último norteamericano de La Gloria City, cuando empiezo a escribir esa novela de un tirón; pero se trataba de una novela sin ficción, que abordaba la fundación, el auge y la destrucción de una ciudad de norteamericanos en Cuba; pero allí volvía de nuevo esa inquietante duda: *Conversación con el último norteamericano* era una novela sin ficción; y sin embargo, nadie iba a creer lo que yo narraba en aquella novela, por que se trataba de un tema nunca antes tratado en la cultura cubana. Un tema absolutamente desconocido ¿cómo era eso de ciudades de norteamericanos en Cuba?

Es entonces que decido incorporarle al libro casi cincuenta fotos de época; fotos incluso de los personajes sobre los que estaba narrando; y le escribo un prólogo histórico que fuera capaz de situar esa nueva realidad en el contexto de lo cubano, para que esa realidad formara parte del discurso histórico de la época; y envió el libro a un concurso de literatura, y tengo la dicha que el jurado le otorgue el premio en el género de testimonio.

Después, al final de esa década, abordé otro texto cercano a lo testimonial. Luego de varios años de navegaciones, de entrevistas, de reconstrucción de ciertos acontecimientos que se habían producido en las zonas costeras del oriente del país, me doy a escribir otro de esos

libros cuyo tema era desconocido o casi desconocido: se trataba de las operaciones de guerra realizadas desde los Estados Unidos, a cargo de los grupos terroristas que se encontraban radicados en el sur de La Florida.

Fueron casi tres años de navegaciones por costas y cayerías del oriente cubano, en busca de los pescadores y tortugueros, de los marinos que habían participado en estos enfrentamientos. Este nuevo libro significó un gran desafío. Había logrado reconstruir un buen número de historias; pero estas historias estaban contadas por más de cien testimoniantes; y el libro amenazaba convertirse en un gran caos ¿cómo era posible enlazar tan diversas historias, contadas por tantos testigos? Así que opté por escribir una treintena de cuentos y relatos, evitando el peligro de que los textos se dispersaran, que perdieran su encanto, su fuerza original. Fue así como surgió el libro *Los guardafronteras*.

Pero no es hasta finales de la década del ochenta que comienzo a trabajar en otro tema realmente insólito. Había yo realizado un viaje a mi amada Colombia, y de regreso traía la idea de escribir una novela sobre el narcotráfico, utilizando esos profusos materiales que se venían publicando en periódicos y revistas; pero lo que estaba armando en realidad era una historia canibaleada de otras historias ya publicadas, y eso no era realmente lo que deseaba hacer; y entro en uno de esos períodos grises; me sentía desconcertado, como frustrado; sentía que había perdido mi tiempo; y detengo el trabajo, y empiezo a hacer lo que es usual que haga cuando se me pierden las ideas: me puse a caminar por las calles de La Habana Vieja; y un Domingo de Ramos, justo en una de esas calles empedradas de la vieja ciudad, tropiezo con una librería de textos viejos; y allí, en esa librería, en un rinconcito, descubro un libro que abordaba el tema de la mafia en los Estados Unidos.

Para sorpresa mía, se trataba de un libro escrito en 1958 por un oficial de la policía antinarcóticos de Estados Unidos. Era en realidad un libro muy bien documentado, donde el autor le dedicaba cuatro páginas a la guerra que se había desatado entre los grupos mafiosos La Habana y los grupos de Estados Unidos, a finales de 1956. Y como resultado de esa guerra se había producido el asesinato de Albert Anastasia, en una barbería del Hotel Sheraton Park de Nueva York.

Desde antes, yo había reparado en un fragmento escrito por Mario Puzo, en *El Padrino*, donde se refería a los negocios de la mafia en Cuba; y también había visto en dos ocasiones la película Habana, ¿ustedes no han visto esa película aquí en Chile?

En esa película, el personaje central (Robert Redford) es un jugador que se encuentra en la capital cubana por asuntos del juego, gracias a los vínculos que posee con la mafia; pero la película no fue filmada en La Habana sino en Puerto Rico; y no asume el mundo de los casinos habaneros; ni están presentes los entornos de la fabulosa Habana, con el Sans Souci, el cabaret Montmartre, y el casino de Tropicana, ni los esplendores de la más universal de las ciudades del Caribe; así que esa película, sin el Capri, sin el Hotel Riviera, ni el Hotel Nacional de Cuba, donde se encontraba el cuartel general de la mafia en la década del cincuenta, es una película que se resiente, además de su endeble argumento. Lo que podía haber sido una formidable película, se convirtió en un pálido remedo.

Pero yo les decía, que es entonces que decido dar un giro de noventa grados a mi proyecto; y empiezo a investigar en firme, para ver si realmente la mafia norteamericana poseía en La Habana lo que Redford evocaba de alguna manera; y lo que Mario Puzo sugería en *El Padrino*; o lo que aseguraba en su libro un oficial del Departamento Antinarcótico de Estados Unidos.

Inicio la investigación, y lo primero que se reveló fue que, durante los veinticinco o treinta años que antecedieron al triunfo de la Revolución, no se había escrito en Cuba ni una página sobre el tema.

Los historiadores cubanos no habían incorporado a su discurso histórico la presencia de la mafia norteamericana en Cuba. Lo único que se conocía, era lo que habían utilizando los escritores y cineastas de Estados Unidos. Lo que se conocía era la versión norteamericana de lo acontecido, sobre un tema cuyas aventuras y realidades habían transcurrido en la capital cubana.

De inmediato abrí cuatro líneas de investigación. En primer lugar el estudio de la sección semanal de la revista Bohemia, dedicada a los asuntos económicos, políticos y sociales de Cuba. Esta sección, "Tiempo en Cuba", había contado con experimentados periodistas que durante decenas de años estuvieron recogiendo todo lo que acontecía en la Isla, semana tras semanas, en crónicas y reportajes. Te contaban, pero con mucha objetividad, lo que iba ocurriendo semanalmente en Cuba. La vida económica, política, social, y gansteril de La

Habana; aunque debo aclarar que una cosa era el gansterismo criollo, macartista; y otra la presencia de la mafia norteamericana en La Habana.

Una segunda línea de investigación estuvo dirigida a sondear en los archivos cubanos. Los archivos en Cuba son numerosos, y yo debía encontrar la documentación que pudiera existir sobre el tema.

La tercera línea de investigación estuvo dirigida a buscar en las publicaciones extranjeras todo lo que se hubiera dicho sobre la mafia norteamericana y Cuba, y realmente pude encontrar muy poco.

Por último, me di a rastrear a los personajes que habían estado vinculados en La Habana a la mafia. Era un imperativo saber cuanta gente quedaba en la capital cubana que hubiera mantenido vínculos o hubiera trabajado para la mafia, y que se encontrara dispuesta a colaborar con mi proyecto. Esto se vio favorecido desde un primer instante, teniendo en cuenta de que no se trataba de una investigación policiaca ni mucho menos.

De los personajes que logré persuadir, casi todos pidieron el más absoluto anonimato; aunque con el paso de los años, algunos de mis nuevos amigos me han pedido que los incluya como referencia en los trabajos futuros. En general, se trata de gente muy sincera, que no desean transitar al final de la vida de una manera gris.

En realidad, fue una gran suerte encontrarme con alguno de estos personajes, que habían tenido una real importancia en la fabulosa Habana. Incluso tuve la suerte de encontrar la sombra de Meyer Lansky en la capital cubana, el jefe del imperio mafioso en la fabulosa La Habana. El hombre que había sido su ayudante, su guardaespaldas, y su chofer, en la época en que Lansky permanecía escondido, clandestino, en uno de sus refugios, en pleno Paseo del Prado, en el centro de la capital cubana, mientras se desataba la guerra entre los grupos de La Habana y de Nueva York, por el reparto de los grandes negocios de Cuba.

Es significativo recordar que en la novela de Puzo, hay un momento en que don Corneole se retira de los negocios. Es lo que aparenta; y es exactamente lo que hizo Meyer Lansky en La Habana, antes de iniciar la guerra con los grupos de Nueva York, en 1956. Lansky da a entender que se retira de los negocios, y deja en su lugar a un sindicato encabezado por Santos Trafficante y Joe Silesi.

En realidad, se trataba de una operación planeada, dirigida, ejecutada magistralmente por el financiero de la mafia norteamericana.

Decía yo que Meyer Lansky permanecía escondido en un apartamento del Paseo del Prado, no lejos del Palacio Presidencial de Cuba. Pero bueno, esa es otra historia de la cual habrá que escribir algún día. De cualquier modo, el tema de la mafia en Cuba no hubiera podido tratarse con tal hondura, con tal profundidad, sin estos personajes que estuvieron muy cerca de los acontecimientos no hubieran contado lo ocurrido. Lo cierto es que ya habían transcurrido casi treinta y cinco años, y los más importantes capos mafiosos estaban muertos: había muerto Lucky Luciano, y estaba muerto don Vito Genovese, y Santo Trafficante, y el mismo jefe de El Imperio de La Habana, había muerto en 1982.

Muerto ese último personaje, el de los ojos azules y las orejas de elefante, el camino quedaba abierto a la reconstrucción histórica, por lo que no fue difícil persuadir a varios testigos para que contaran sus historias.

En fin, no tenía ya esa gran importancia que se conocieran nombres, fechas, circunstancias. Ahora se producía un feliz desclasificado. Sin embargo, debo advertir que en ciertas circunstancias, mis testimoniados resultaron muy cuidadosos, sobre todo si sus relatos podían implicar a sus antiguos amigos, que estuvieran vivos todavía en otras partes del mundo.

De esa manera comencé a escribir *El Imperio de La Habana*. El Dr. Morales tiene en su poder algunos ejemplares de ese libro, y estoy seguro que está en disposición de que circulen entre los ávidos lectores de la Universidad de Chile.

Ahora está por salir una nueva edición en Cuba. En Brasil se realizó una edición muy grande; y está en preparación otra edición en España, con el título de *Mafia y mafiosos en La Habana*. De cualquier modo, voy a enviar algunos ejemplares más para la biblioteca de la Universidad.

Volvamos al proceso de la escritura del libro. Debo precisar que yo lo que estaba escribiendo de inicio era una novela sobre la presencia de la mafia norteamericana en Cuba, y no un libro de testimonio, cuando aparece un afamado editor que me dice, Cirules, que bien que estás escribiendo una novela sobre la mafia. Es la novela que vamos a editar. La vamos a lanzar en cinco capitales del mundo, y no te vas a bajar del avión. Verás lo que vamos a formar con esa novela.

La novela estaba muy avanzada, con el título de *La gran estafa*; pero ocurre que cuando estoy por acometer la parte final, comienzo a descubrir en los archivos una cantidad tal de

documentación, que ofrecían nuevas y desconocidas perspectivas, que hacían de este fantástico tema algo realmente insólito, con esos documentos, cartas, con los rastros a mi disposición, y eran tales los documentos que iban apareciendo que la novela sobre la mafia en La Habana resultaba ya un libro definitivamente increíble. Nadie iba a creer lo que yo estaba narrando sobre la mafia en La Habana.

No voy a mencionar los detalles, para no extenderme demasiado, pero resultaba ya una novela increíble, cuando ese editor regresa a La Habana, en pleno verano, y ustedes no saben ciertamente como es La Habana con ese calor brutal, y mi vieja computadora se negaba a trabajar. Había que apagarla a cada rato, y esperar a que se enfriara, a que se contentara. Y en esas condiciones, vuelve el editor, y se llega a mi casa, y después del saludo, me dice, ¿y la novela? La necesito de inmediato. Tienes un mes y medio para terminarla ¿te parece bien? Y yo que le digo, sí, sí, sí; pero la computadora, el calor, no puedo avanzar como deseo, vamos a ver qué se puede hacer; y él, dime ¿es que te hace falta algo?

Nadie podía imaginar lo que ya estaba rondando en mi cabeza. Aquello no se trataba ya de una novela; pero no me atrevía a decírselo; yo mismo no me atrevía a reconocer que todo aquello estaba por convertirse en otra cosa. Que con todo lo que estaba apareciendo en los archivos ya no era posible que yo me deslizara por los caminos de una novela. Que la presencia de la mafia en la esplendorosa Habana exigía una nueva y más profunda reflexión. Había que reflexionar sobre espacios cada vez más complicados, alrededor de toda una época. El tema presentaba más complicaciones y vínculos que lo que uno podía imaginarse; y este editor, que observa mi vieja computadora, agobiada por el calor, piensa que el asunto es más simple, y me dice, espera, que voy a salir, pero vengo enseguida, espérame; y al poco rato se aparece con un flamante aparato de aire acondicionado que le había costado más de mil dólares, y me dice, esto es lo que vamos a instalar aquí, en tu estudio, este equipo de aire acondicionado para que tu computadora pueda trabajar cómodamente.

Mi estudio da al mar, al malecón habanero, y él me traía un aire acondicionado de regalo; y yo reacciono y lo miro y me doy cuenta que no podía seguir engañándolo. No, no, le digo, yo no te puedo aceptar ese aire. Es que yo no sé qué va a ocurrir con la novela. Esto ya no es una novela. Ahora es otra clase de libro.

Recuerdo que el editor estuvo rodando dos o tres días por La Habana, invitándome a todos los sitios imaginables, y tratando de convencerme. Por último, estábamos cenando en un sitio de yates y veleros, en La Marina Hemingway, y me dice, por favor, Enrique, quédate con el aire; y ni siquiera tienes que entregarme la novela. Es que ya ese aire está pagado. No hagas la novela, no hay problemas, pero por favor, quédate con el aire acondicionado.

Realmente yo fui ese día muy tajante, no le acepté el aire acondicionado, y debí haberlo aceptado. Ahora no sé a donde fue a parar. Me imagino que esté funcionando en algún otro sitio de La Habana.

Bueno, esa fue la historia inicial, antes de que yo comenzara con ese otro libro, que fui elaborando, dominando, vertiginosamente. Si durante varios años estuve estudiando el tema de la mafia en Cuba, profundizándolo, repensándolo, ordenándolo en la mente, con la idea de escribir una novela, con personajes de ficción y personajes reales, era como si mis neuronas también hubieran estado trabajando en ese otro libro, en el que salió por fin en un lapso de treinta días con treinta noches. Fue realmente una locura, la primera versión del libro. No quiero decir siquiera cuantas horas dormía yo al día, no me lo van a creer.

Es entonces que envío aquel libro tan ecléctico, que contenía una profunda investigación, y era además una especie de reflexión sobre la época, con muchos elementos del ensayo histórico, al concurso Casa de las Américas. En realidad, tenía muy pocas esperanzas. Lo había mandado al género de testimonio; y se trataba de una investigación histórica, quizá de un ensayo histórico, pero nunca un testimonio, como se entendía hasta entonces en el Premio Casa.

Pero creo que libro encontró un jurado muy flexible, y fue premiado en el género de testimonio. Luego se le otorgó el Premio de la Crítica, en 1994, pero cualquiera puede darse cuenta que se trata de un ensayo histórico; de una especie de reflexión reveladora de toda una época, en las relaciones de poder que existían entre Cuba y los Estados Unidos.

Hago la explicación para que se entienda con profundidad la situación deslizante del testimonio, a la hora de un escritor enfrentarse a temas desconocidos, insólitos. Creo, por supuesto, que el género de testimonio no es el simple uso de una grabadora para que alguien se ponga a contar historias, y proceder después a transcribir todo lo contado. Un libro de testimonio, a mi juicio, tiene que poseer otra dimensión. En primer lugar, una estructura

adecuada, y un lenguaje persuasivo; y que lo relatado posea carne y hueso, y sea capaz de apresar al lector, de someterlo a las reglas de la lectura solitaria.

El imperio de La Habana es la revelación del mundo que los mafiosos norteamericanos construyeron en la fabulosa Habana durante más de veinticinco años, con el juego organizado, las drogas y la prostitución, los centros de lavado de las grandes fortunas no legalizadas en Estados Unidos; y el oro y los diamantes, y los contrabandos, y la política de la época, en un delirante proceso que convirtió a la capital cubana en el burdel más deslumbrante de América.

Queridos amigos:

Hemingway solía decir que el escritor tenía que vivir intensamente, y de ser posible participar en los acontecimientos, y con esa experiencia personal, vital, escribir textos capaces de rivalizar con la misma realidad; pero en ocasiones los escritores sustituimos esas experiencias vitales por la investigación histórica.

Es lo primero, lo esencial, después el escritor debe librar una enconada lucha con las estructuras, con el lenguaje, con todo ese andamiaje persuasivo, que toda novela o buen libro requiere, digamos, por lo que resulta muy importante que un autor tenga siempre las herramientas literarias bien engrasadas; y evitar, por todos los medios, lo que a veces ocurre: que un escritor deja de escribir o se entretiene en asuntos banales, abandona su vocación, y pierde entonces el oficio. Es por eso que resulta tan importante cuidar del oficio, enriquecer el oficio, para que responda siempre al llamado del talento. Pero, a mi juicio, uno puede incluso martillar sobre el talento. Es algo que uno puede estimular y enriquecer. Uno puede trabajar también en la conformación de su talento.

En verdad, hasta que un autor no se enfrenta a un tema concreto, a un libro concreto, no sabe hasta donde puede lograr lo que se ha propuesto. Pienso que a veces todo está en la paciencia, y en la obstinación, en la terquedad; pero sobre todo, en la paciencia con que uno es capaz de abordar cada nuevo libro.

Bueno, se supone que ahora debo hablar de mi último libro, el que obtuvo Mención en el Concurso Casa, también en el género de testimonio, en el Concurso Casa de las Américas, 1999. El Premio fue dejado desierto por el jurado, que alegó que ninguno de los libros que se habían presentado eran testimonios; y ciertamente, mi libro *Ernest Hemingway en la cayería de Romano*, no es un libro de testimonio, sino más bien un ensayo literario, acompañado de una investigación histórica sobre aspectos no conocidos hasta entonces, o casi desconocidos, alrededor de la obra y la vida de Hemingway en Cuba.

Los antecedentes de este libro están en el entorno del cual yo les hable al principio. A finales de la década de los años cuarenta, a principios de la década del cincuenta, era usual que yo asistiera al embarcadero de El Guincho, a sus tabernas; y en la taberna de Agustín el Tuerto, y en el hospedaje de la colombiana, se producían a veces tertulias espontáneas, donde solía hablarse de la llegada de Ernest Hemingway al embarcadero, y se hablaba también de sus navegaciones por aquellas costaneras durante la Segunda Guerra Mundial, persiguiendo submarinos alemanes.

Varios barcos mercantes habían sido torpedeados, y estaban presentes las historias de un afamado submarino que resultó hundido a la salida del puerto de Nuevitas, a tres millas de Faro Maternillos.

Se hablaba además de un Hemingway por la cayería en compañía de una bellísima mujer, de hábitos muy marineros, conocida por Jane Mason.

Se decía que esa muchacha, desde el amanecer, se adueñaba de la popa del Pilar, con el ánimo de que el sol cayera sobre todo su cuerpo. Imagínense, en un embarcadero, a la vista de tabernas, con tantos pescadores, tortugueros, aventureros y marinos, y aquella preciosa muchacha, rubia, de ojos tan verdes, más que regia, fantástica...!

De eso era lo que se hablaba por esa época, como algo mítico. Se sabía también que en varias ocasiones Hemingway había desembarcando por el puerto de Nuevitas, para tomar el tren del alba, que se dirigía hacia la ciudad de Camagüey, para continuar viaje hacia el sur, en busca de un central azucarero.

Era la época en que yo solía navegar con el viejo Antonio, desde cayo Sabinal a la zona de cayo Romano. Los que ahora viajen a Cuba pueden obtener paquetes turísticos para visitar estos parajes, abiertos a todos a través de grandes carreteras que penetran en los cayos. Hoy estos sitios poseen hasta pistas aéreas; pero antes no era así; y uno, para conocer a cayo Guillermo, a ese sitio de encanto, tenía que hacerlo después de una recia navegación.

En aquellos viajes uno siempre aprendía algo nuevo, con los pescadores y tortugueros que tendían sus redes sobre el cantil, para la pesca de tortugas; y uno podía encontrarse con pescadores que recordaban a Hemingway, en su yate; y algunos los recordaban cuando solía

navegar acompañado por Jane Mason, y el patrón de entonces, el enigmático Carlos Gutiérrez. Lo recordaban con esa preciosa mujer desde principios de la década del treinta.

Luego, cuando ya yo tenía varios libros publicados, y varios premios literarios, cae en mis manos la última novela de Hemingway. Eso a mediados de la década del setenta; se trataba de una novela publicada con el título de *Islas en el golfo*. Novela que se publicó diez años después de su muerte.

Como ustedes conocen, esa novela está estructurada en tres partes: la primera en islas Bimini, la segunda en la fabulosa Habana (en los años cuarenta); y por último, esa parte final, en la cayería de Romano.

De Hemingway conocía ya varios de sus libros; y conocía no pocos de sus parajes preferidos en La Habana, incluyendo su casa-quinta, en las colinas de San Francisco de Paula; y se trataba de un escritor al que yo admiraba sobremanera, y del cual había recibido incontables enseñanzas, y que ahora se presentaba con una novela cuya tercera parte transcurría en la comarca de mi niñez, en los parajes de mi adolescencia, en los sitios que yo tanto conocía, donde yo tanto había navegado, y donde tantos y tantos personajes había conocido, entre portetes y pesqueros, y pequeñas ciudades; y ahora Hemingway me contaba una historia que tenía que ver con mis orígenes; sobre todo esa feroz persecución de unos submarinistas alemanes; y fiel a su método de trabajo, del iceberg, ahora Hemingway trataba por todos los medios de esconderme una parte esencial de la información; pero me doy cuenta con rapidez que, para escribir esa tercera parte de la novela, se había inspirado en la historia del submarino alemán que marcó por largo tiempo las memoraciones de mi comarca, por el combate que sostuvo con un mercante, en la madrugada, en la boca del canal que da entrada al puerto de Nuevitas.

La embarcación había apagado las máquinas y trataba de entrar a puerto aprovechando la corriente; pero como los submarinistas alemanes sabían que el carguero estaba por penetrar en el puerto a las cinco del amanecer, lo estuvieron rastreando; y cuando perdieron el ruido de las propelas en el sonar, sacaron el periscopio; y con aquella creciente impaciencia, decidieron salir a flote, y emergieron destilando espumas, sales y algas, a menos de cien metros del mercante.

Todo se había trastocado, a resulta de una intensa niebla que se había desatado de madrugada en la boca del canal, y los alemanes comenzaron a disparar contra el mercante con una ametralladora del calibre cincuenta, mientras el artillero de proa del Dominó, bajo la balacera, le tiraba un cañonazo con una pieza de tres pulgadas, a un submarino que se hundió con rapidez a tres millas de faro Maternillos.

La fiesta para celebrar el hundimiento de aquel submarino alemán se produjo en la casa de mis parientes, los Cruz; yo tenía cinco años y asistí a esa rumbantela. Fueron tres días y tres noches de festejos; y a mi todo eso me llegaba como una historieta infantil, como en realidad ocurre con los mitos; y donde, además, había un filipino, tripulante del Dominó, que corrió con todos los gastos de la fiesta, con rumbas, canciones, guitarras, nostalgias, voladores; y más de cien personas, en el patio de los Cruz.

Durante muchos años la novela *Islas en el golfo* estuvo muy cerca de la cabecera de mi cama; y en 1996, cuando comenzaron a organizarse los eventos internacionales alrededor de la obra y la vida del más universal de los escritores norteamericanos, pude darme cuenta de que había numerosas situaciones que los estudiosos de su obra no dominaban; no por desconocimiento de la obra de Hemingway; sino por que no se había estudiado con suficiente rigor el entorno donde Ernest Hemingway vivió y trabajó a lo largo de más de treinta años, unas veces de manera itinerante (entre 1929 y 1937); y otras de forma permanente, desde 1938 a 1960, fecha en que partió hacia Estados Unidos, para suicidarse.

En ese proceso de preparar el libro sobre Hemingway, en eso de elaborar, de rastrear, me di cuenta que muchas de las cosas que se había dicho sobre su personalidad no eran ciertas; se ha dicho que Hemingway se había aficionado a la esplendorosa Habana porque le gustaba la pesca mayor, en la corriente del golfo, con el agua intensamente azul, en la costa norte de Cuba; pero en realidad Hemingway no se aficiona a estos parajes, a las nuevas circunstancias, a una ciudad como La Habana, sólo por el mar y la pesca y la brisa del golfo. Existieron otras pasiones que lo mantuvieron de manera casi permanente muy cerca de Cuba, durante la década del treinta.

Lo que ocurrió fue que el escritor se enredó con uno de esos amores tormentosos, casi rabiosos; y por eso volvía a La Habana una y otra vez, desde Key West, en La Florida, desde aquella segunda vez, en abril de 1929, cuando con el yate Anita y su compinche Joe Russell, planeó permanecer en la capital cubana sólo una semana; estancia que se prolongó por más

de dos meses en el hotel Ambos Mundos de la calle Obispo, muy cerca de la Plaza de Armas, entre emociones y rumbantelas.

Esa vez, en el Ambos Mundos también estuvo revisando su relato *Muerte en la tarde*. Y para 1934, ya Hemingway publica una crónica sobre la pesca en los alrededores de Cuba, y de momento, sin una relación precisa, nos dice que las noches en el Sans Souci y los amaneceres en Jaimanitas.

Esto, escrito así, por Hemingway, como al descuido, ha provocado diversas confusiones, y ha encubierto durante largos años algunos otros sentimientos; incluso algunos han llegado a la conclusión de que a Hemingway le gustaba el juego, en una época en que andaba en asuntos de contrabandos de ron y alcoholes, en el yate Anita, con destino a la inquietante clientela que asistía a la taberna de Joe Russell, en Key West.

El Sans Souci era uno de los cabarets que poseía la mafia norteamericana en La Habana, con sus grandes casinos. Allí, en las afueras de La Habana; y algunos se han encargado de añadir que después una larga noche de tragos, de excesos, el escritor solía desayunar en las tabernas de la desembocadura del río Jaimanitas, que es un río que desemboca al oeste de La Habana. En las riberas de ese río, a la vista de la ensenada, con tenderetes y algunas tabernas; y el novelista, después de una noche de borrachera, en los amaneceres, iba a desayunar a ese paraje.

Lo que no se conocía era que en la desembocadura del río Jaimanitas se encontraban varias residencias veraniegas de los amigos de Jane Mason, quien también tenía su mansión muy cerca del Jaimanitas.

Jane era la esposa de Grant Mason, un multimillonario norteamericano radicado en La Habana, gerente general de la Pan American para todo el Caribe y Centro América, quien, impelido por la creciente expansión de las líneas aéreas, tenía que estar viajando constantemente, a Bogotá, a Venezuela, a Puerto Rico, a Centroamérica, a México, y a los Estados Unidos, mientras Jane se moría de tedio en la ribera del Jaimanitas.

El presidente de Estados Unidos, Corlidge, en 1928, aseguró que Jane Mason era la criatura más hermosa que había visitado hasta entonces la Casa Blanca; pero Jane también poseía un carácter muy especial, pescaba, cazaba, estuvo en cacerías en África, y piloteaba una formidable embarcación, el Pelicano II, de cincuenta pies de eslora; goleta de dos palos, excelente para navegar en la corriente del golfo, y con el pesado oleaje que se levanta sobre el Viejo Canal de Las Bahamas; y por tanto, esa muchacha resultaba un ser muy codiciada por Hemingway. La muchacha que era capaz de acompañarlo a las tabernas, a los embarcaderos, y hasta podía rozar espacios tenidos por pecaminosos, entre aventureros y navegantes. En compañía de esa muchacha es que se va a conformar el mito Hemingway en la fabulosa Habana, desde los años treinta, cuando el más universal de los escritores norteamericano se va adueñando de los sitios más imprevisibles de la capital cubana; y no como se ha dicho hasta ahora, que el mito Hemingway se inició a partir de octubre de 1938, a su regreso de España, cuando el escritor se instaló por varios meses en el hotel Ambos Mundos, para iniciar la escritura de *Por quién doblan las campanas*, antes de que se radicara definitivamente en Finca Vigía, en una de las colinas de San Francisco de Paula, en 1939.

El mito Hemingway en La Habana se fue conformando durante la década del treinta, en ese proceso de adueñarse de calles, bares, restaurantes, hoteles, portetes, tabernas, parques y plazas, embarcaderos y sitios de la aventura, y parajes costeros de La Habana, en la compañía de la esplendorosa Jane Mason.

Pero en 1937 se produjo una ruptura definitiva entre Jane Mason y Ernest Hemingway. Se dice que fue de una manera un tanto violenta. Lo cierto es que entre 1936 y 1937, con los viajes que estaba realizando de Europa a Estados Unidos, en los asuntos de la Guerra Civil Española, Hemingway transitó por La Habana en cuatro ocasiones, con el ánimo de encontrarse con Jane Mason.

Durante muchos años este asunto de los amores de Hemingway y Jane Mason en la fabulosa Habana formaron parte de ese enorme y magistral iceberg que el escritor fue capaz de tejer, incluso alrededor de su vida personal, con la misma maestría con que fue capaz de tejer también su formidable obra literaria, a través de sus novelas, cuentos y relatos, donde realidad y ficción alcanzan por instantes la dimensión de uno de los más grandes mitos de la literatura del siglo XX.

En los últimos tiempos han ido apareciendo fotos con Jane Mason en la popa del Pilar. En fin, que poco a poco aparecen fotos, cartas, cables, testigos que revelan la gran aventura que sostuvo aquella preciosa mujer en la fabulosa Habana con el gran escritor norteamericano.

En mi libro *Hemingway en la cayería de Romano* abordo algunos de estos espacios, nunca antes estudiados, aspectos totalmente desconocidos, o poco tratados, desde la época en que el escritor abandonó definitivamente los escenarios europeos, después de haber creado un estilo, y de haber diseñado todo un código literario, para instalarse en América; pero no en el territorio continental de Estados Unidos.

Con el estreno del *Pilar*, Hemingway, en 1934, navegó por más de cuatro meses por el norte de Cuba; de la cayería de Romano al embarcadero de El Guincho, con Jane Mason.

De igual modo, se ha hablado mucho de un Hemingway cazador blanco en África, por lo que se hace necesario precisar que este escritor sólo estuvo en dos ocasiones en África: un mes en 1934; y un mes y medio en 1954. Mató algunos leones, panteras, búfalos, y gacelas; pero estos dos breves viajes al África los manejó magistralmente. Explotó el tema no sólo en libros, en espléndidos relatos y crónicas, sino en función de fortalecer la leyenda Hemingway en Estados Unidos y en el resto del mundo. Manejó el tema de África para crear una presencia ausente en el centro de la cultura norteamericana.

Hemingway solía recibir a los amigos en sus parajes preferidos de la esplendorosa Habana. Podía ser en el Hotel Nacional, o en el Floridita, y a veces en la Bodeguita del Medio; y en el restaurante El Pacífico o en su refugio de Finca Vigía, y hasta en la zona de Cojimar. Algo así ocurrió durante la década del cincuenta, cuando de produjeron sus encuentros con la encantadora Ava Gardner. Era la época en que "el animal más bello del mundo" se encontraba casada con Sinatra.

Frank se quedaba en el Hotel Nacional de Cuba, y la maravillosa salía para Finca Vigía; pero esas son otras historias, delicadas historias, entre evocaciones de toreros y toros; y el ángel, al amanecer, o a la caída de la tarde, agobiada por los calores del trópico, solía bañarse desnuda en la piscina del novelista; y por entre los follajes y las flores de finca Vigía, los muchachos de San Francisco de Paula se empeñaban en descubrir aquel encanto. Pero repito, esas son otras historias, de lo que acontecía en los alrededores del escritor, cuando ya Hemingway había escrito una novela que poseía casi mil páginas, novela que nunca se atrevió a entregar a sus editores en vida, y que vino a publicarse diez años después de su muerte, luego de ser revisada, corregida, quizá mutilada, algo que realmente nunca llegará a conocerse.

La primera versión de esa novela sobre la Segunda Guerra Mundial (*The Sea Book*) ya estaba escrita en 1947, pero Hemingway tuvo que salir huyendo de Cuba. Lo acusaron de estar metido en asuntos de una expedición armada para derrocar al general Leónidas Trujillo, dictador de la República Dominicana. Lo acusaron en la prensa de Estados Unidos de estar organizando un ejército de siete mil hombres para la invasión a la República Dominicana; y los aviadores canadienses y norteamericanos que habían sido contratados para la expedición, al llegar a La Florida, procedentes de La Habana, declararon a la prensa que había estado escondidos en la casa de Hemingway, y que era el novelista quien les había estado pagando para esa acción.

Es entonces que aparece un pelotón de soldados del campamento militar de Columbia en San Francisco de Paula, y asalta la casa del escritor. Le matan uno de los perros; y le incautan las armas de caza, pero afortunadamente Hemingway no se encontraba en la finca, y uno de sus muchos amigos le avisó lo que estaba ocurriendo en Finca Vigía y Hemingway pudo esconderse.

Una semana más tarde salió de Cuba como un fugitivo, y se dirigió hacia Italia, en busca de los míticos parajes de su novela *Adiós a las armas*.

Aparece de nuevo, en La Habana, un año más tarde, esta vez con una condesita italiana, Adriana Ivancich, y comienzan sus amores; o la leyenda de esos amores, del viejo ahora enamorado de una joven muchacha italiana; y todo esto lo lleva a escribir esa novela que constituyó un gran desastre: *A través del río y entre los árboles*, mucho antes de que desgajara también de su extensa novela (*The Sea book*) esa otra anécdota de un viejo pescador, y un niño, en la corriente del golfo, en descomunal lucha con un gran pez.

Todo eso estaba en *The sea book*, pero no me voy a extender. Sólo quiero decir, que mi libro revela nuevos aspectos sobre la obra y la vida en Cuba del más universal de los escritores norteamericanos, revelaciones que ayudan a la comprensión de su obra y al formidable iceberg que conformó no sólo con su obra literaria, sino con su propia vida.

Lo otro, lo del tercer submarino alemán, el submarino que está presente en su novela *Islas en el golfo*, fue hasta hoy un gran misterio.

En América, durante la Segunda Guerra Mundial, sólo fueron hundidos dos submarinos alemanes. Uno frente a las costas del Brasil; y el segundo en el occidente cubano, no lejos de la costa de Matanzas. Este segundo submarino permanece todavía sobre un banco de arena, a

dos millas de la costa cubana. Está allí, a la espera de una expedición que sea capaz de rescatarlo del fondo marino, a menos de cien metros de profundidad, con diecisiete cadáveres; pero la noticia del hundimiento de este submarino alemán circuló por el mundo; y como no era su método, no fue el submarino que inspiró a Hemingway para escribir la tercera parte de su novela.

Estaba ese otro submarino, un tercer submarino, hundido muy cerca de Faro Maternillos; hundimiento que por alguna razón nunca se divulgó, pero que permaneció en la memoria histórica de la comarca, entre pescadores, tortugeros y navegantes de la cayería de Romano. Algo que pertenece al espacio mítico de la cayería de Romano y del puerto de Nuevitas, como otros tantos acontecimientos que se produjeron en aquella zona durante la Segunda Guerra Mundial, y que están allí, como preciosos recuerdos del pasado, de hundimientos de barcos, de aventuras marinas, de operaciones militares, de situaciones que fueron siempre difíciles para los pescadores, tortugeros y navegantes que solían navegar por esa costanera.

Es curioso observar como Hemingway, en su obra literaria, en sus novelas y relatos, siempre nos deja algún rastro. En el caso de *Islas en el golfo*, en la tercera parte de esa novela, el autor nos dice que Thomas Hudson, el protagonista principal, persigue a los tripulantes de un submarino, y que se trata de un submarino hundido, el que se atribuyó Camagüey.

En su novela sobre la Segunda Guerra Mundial, Hemingway, como siempre, nos dejó apenas un rastro, a la hora de referirse a un acontecimiento del que todavía se habla en mi comarca. Los rastros de Hemingway en la cayería de Romano contribuyen a proyectar una cierta luz, para las nuevas lecturas de la obra de este genial escritor norteamericano.

Por último, decirles que continuo escribiendo novelas, escribiendo cuentos, y que ahora estoy en la revisión final de *Santa Clara Santa*, una novela río que posee cuatro líneas narrativas y más de setenta personajes, donde abordo la rebelión de los negros en Cuba, en 1912.

Muchas gracias.